



Ratio Juris

ISSN: 1794-6638

editor.ratiojuris@unaula.edu.co

Universidad Autónoma Latinoamericana
Colombia

Alzate Salazar, Efraín

La contrahistoria del Bicentenario

Ratio Juris, vol. 5, núm. 10, enero-junio, 2010, pp. 109-119

Universidad Autónoma Latinoamericana

Medellín, Colombia

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=585761343010>

- ▶ Cómo citar el artículo
- ▶ Número completo
- ▶ Más información del artículo
- ▶ Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

La contrahistoria del Bicentenario

Efraín Alzate Salazar*

¿Es posible la verdad objetiva en el conocimiento histórico? Esta cuestión aparentemente simple encubre toda una serie de preguntas: ¿por qué difieren las visiones de los historiadores en un mismo hecho o proceso histórico? ¿Significa acaso que se falsee la verdad intencionalmente? Si no es así, ¿Qué significa entonces el conocimiento histórico objetivo y la verdad objetiva en la historia? ¿Cómo se consiguen o por qué no siempre se alcanzan?

Schaff, A. (1974)

Introducción

En este escrito pretendo presentar unas ideas para hacer una lectura un tanto distinta a lo que por todos los medios se nos ofrece sobre la Independencia, y por ende toda la literatura que ahora se está escribiendo y toda la que se escribirá sobre la “celebración” del Bicentenario de Colombia. No voy a pontificar ni a plantear nuevos paradigmas de este tema porque en los anaqueles de las bibliotecas están las enormes enciclopedias de historia, con los elementos ideológicos que nos formaron en la escuela, y que incluso todavía se siguen enseñando, pero sí quiero aportar algunas ideas que nos ayuden a mirar nuestra realidad histórica, a la utopía de corregir errores plantados desde hace doscientos años por los intereses de unas castas dominantes que no nos han dejado hacer y vivir nuestra propia historia.

Hablar de esto equivale a cuestionar los procesos tal como se han visto hasta ahora y correr el velo para ver unas verdades que permanecieron ocultas por orden de los aureolados exponentes de la historia patria, quienes con mucha decencia nos dejaban leer sólo aquello que no estuviera en contravía de la ideología del Estado y de la Santa Madre Iglesia. Un país que no conoce su historia está perdido y tendrá que transitar muchos caminos erráticos mientras no se entere del origen cierto de sus males, cuya raíz principal está en el desconocimiento de su verdadera historia y, peor aún, de la falsificación de ésta por las conveniencias de los poderes imperantes. Ocultas, y muchas veces no tanto, están las oscuras sotanas de la Iglesia, que aliadas

* Licenciado en Historia y Filosofía, egresado de la Universidad Autónoma Latinoamericana, Unaula. Maestro de Escuela. Director del Departamento de Extensión Pedagógica de la Unaula, profesor de Posgrado en Cultura Política de la misma Universidad. Ha publicado los libros: *El Juego feliz y otros poemas infantiles* y *Colombia: crisis y esperanza, ensayos sobre cultura política y educación*. Fundador y Director de la Revista *Círculo de Humanidades* y la Revista de Posgrados *Cultura política y derechos humanos*.

con el poder político de turno idean mecanismos de control para que el pueblo no se interese en sacudir las estructuras que le impiden ver la realidad, porque también creen que todo el destino es obra de la Divina Providencia. Y para quien se salga de este carril, nada mejor que acudir al chantaje de la vida eterna, con sus paraísos y sus infiernos como recompensa o castigo.

De este enunciado se deriva que estas élites gobernantes han tejido una sofisticada maraña para mostrar únicamente la parte histórica que les beneficie, puesto que ellos son los herederos de esa invasión española y de esa Colonia que no termina, todavía hoy, a doscientos años de la supuesta Independencia. Cuantas veces sea necesario falsear la historia, esta dirigencia oportunista lo hará, recurriendo a todas las artimañas, volviendo a esgrimir la cruz y la espada (en este caso los fusiles y las motosierras).

Nunca dirán que Bolívar fue un revolucionario, y un subversivo mucho menos, pero sí un demócrata, y siempre los más obstinados mercenarios acudirán a esta careta, como al nombre de Dios para justificar cualquier infamia.

En este sentido, daremos aquí unas cuantas puntadas, corriendo el riesgo que corren todos los que se atreven a disentir de las verdades desde arriba reveladas, sobre todo con esos oscuros académicos que agazapados tras el poder hacen toda clase de señalamientos y condenas.

En busca de la verdad histórica

En Colombia no han sido bien vistos los investigadores que reconstruyen, desde la Antropología y la Historia, procesos que fueron borrados intencionalmente para mantener ejes de dominio ideológico. Al final el Estado ha tratado de banalizar las Ciencias Sociales, para dar énfasis a programas eminentemente técnicos en los colegios, con lo cual diluye el debate y la pregunta por la verdad histórica. El historiador que ve desde una perspectiva única y bolivariana el Bicentenario también comete sesgos, porque más allá del Libertador hubo otros hombres que le aportaron a nuestro devenir. No se trata en-

tonces de ver con determinismos los hechos, sino tratar las cosas con la mayor objetividad. Esto es problemático, toda vez que como sujetos tenemos formas particulares para ver el mundo.

Salomón Kalmanovitz, Rodolfo de Roux y Silvia Duzán han hecho importantes aportes para que la historia no sea contada con sesgos intencionales, pero así mismo han sido perseguidos y señalados de apátridas por abordar nuestra historia con objetividad y por tratar de forjar conciencia histórica a los ciudadanos. Los textos que leemos de ellos corresponden a una propuesta crítica y objetiva, aspecto que no ha estado en el inventario de la Academia de Historia de Colombia. Al respecto comenta Juvenal Herrera Torres (2000):

Uno de los extremos más aberrantes que actúan contra el concepto de la democracia es la intolerancia. Esto se reitera en el pronunciamiento de corte inquisitorial de la Academia de Historia de Colombia contra los textos *Nuestra historia*, de Rodolfo de Roux y la *Historia de Colombia*, de Salomón Kalmanovitz y Silvia Duzán. Pronunciamiento que significa la condenación de las nuevas tendencias historiográficas que se adelantan en universidades y centros de investigación social, que son una academia alternativa frente a la academia oficial.

En el periódico *El Tiempo* de Bogotá, el 24 de febrero de 1989, en un artículo titulado “Salvemos nuestra historia”, Germán Arciniegas declara que Kalmanovitz y Silvia Duzán quieren destruir la conciencia patria menoscabando el orgullo nacional y el sentimiento de nacionalidad al proyectar ideas que despersonalizan a los jóvenes, creando una imagen de odios al devenir histórico. Pero esta reprimenda y ataque ideológico en contra de los intelectuales mencionados también llegó al Ministerio de Educación Nacional y desde allí cominaron a los historiadores. De toda esta batahola hubo damnificados, uno de ellos fue el profesor De Roux, que fue amenazado de muerte y se vio forzado a salir del país. Como muchos otros compatriotas han sufrido la persecución de sus familias, han tenido que exiliarse para salvar sus vidas, todo ello por la polarización política y la intolerancia que nos gobierna.

Lo más extraño de la actitud del ilustre historiador y dignatario de la Academia Colombiana de Historia fue esta enorme voltereta ideológica, al censurar a académicos que proponían una lectura diferente del devenir histórico de América y Colombia, desde una visión crítica. Sabido es que el censurador había sufrido persecución intelectual en los años cincuenta por los textos críticos de historia que eran de su autoría. Muchos de ellos fueron a la hoguera. Extraña paradoja la de muchos intelectuales, que al final de su vida retroceden al negar lo que en momentos de plena fortaleza intelectual defendieron con fervor.

Pero ¿qué decían estos libros de historia? Sencillamente, era una mirada crítica a procesos vividos en nuestra construcción de República, además de contar verdades que habían permanecido ocultas intencionalmente por los pregoneros de la historia oficial. Las posiciones conservadoras y cristianas radicales no permitían que en los libros de historia se enseñaran aspectos en los que la Iglesia no resultaba bien librada, pero difundían aquellos con los que nuestros profesores sesgaban el acontecer histórico, porque la objetividad y la verdad eran una amenaza para la moral de los colombianos. ¡Qué puede esperarse de un país cuya historia se construyó a punta de espadas y cruces con las que se justificaba la esencia ideológica de quien tomaba el poder e imponía a la fuerza la nueva cultura! Sin duda, ahí están las raíces de esa tragedia de violencia que aún no superamos. ¡La nueva cultura que se impuso con violencia, nos ha dejado patinando en una cultura de violencia!

Sólo tiene derecho a encender en el pasado la chispa de la esperanza aquel historiador que ha traspasado por la idea de que ni siquiera los muertos estarán a salvo del enemigo si éste vence. (Benjamín, W. 2000)

Hoy ha surgido en América un intento por retomar las ideas de Bolívar, incluso países que se llaman abanderados y casi que señalados por el destino para imponer el pensamiento del Libertador. A mi modo de ver esta situación, cuando se exagera de-

masiado, también llega el momento en que se rompe el culto al héroe y termina derritiéndolo.

No, los hechos no se parecen en nada a los pescados expuestos en el mostrador del pescadero. Más bien se parecen a los peces que nadan en el océano anchuroso y aún a veces inaccesible; y lo que el historiador pesque dependerá en parte de su suerte, pero sobre todo de la zona del mar en la que decida pescar, y del aparejo que haya elegido, determinados desde luego ambos factores por la clase de peces que pretende atrapar. En general puede decirse que el historiador encontrará la clase de hechos que desea encontrar. (CARR, E.H. 1986)

El Bicentenario

Ahora sí vamos a abordar el Bicentenario desde la perspectiva histórica del Libertador Simón Bolívar. Un revolucionario diría que su proyecto era estratégico y revolucionario, que se proclamaba la unidad popular y la lucha sin descanso por la Independencia nacional, la igualdad, y la construcción de una República soberana con ordenamiento constitucional dentro de los sueños y anhelos de una América plena de mestizaje. Es cierto, hasta la Coordinadora Guerrillera se llamó Simón Bolívar, y Venezuela hoy se llama República Bolivariana de Venezuela.

Pero tampoco sería extraño encontrar a un historiador de tendencia conservadora hablando de Bolívar como el hombre creyente y religioso, o el burgués que disfrutó de las mieles del poder, y que por inclinación hacia las mujeres se veía con frecuencia envuelto en problemas de faldas. Existen historiadores expertos en meterse en la vida privada de los grandes hombres que hicieron historia. Pero la tarea del historiador ha de trascender estos aspectos y ubicarse con objetividad en los procesos que efectivamente dejan huella en la sociedad. Ese hombre humano con todas las dolencias y sufrimientos, aciertos y desaciertos era Bolívar. En el Bicentenario no nos pueden mostrar al divino Libertador porque endiosar a los hombres que han hecho historia es exterminarlos. Nuestros países, sumidos en el atraso y en la infamia de doscientos años de barbarie y explotación, necesitan un Bolívar de carne y hueso,

no aquél que la falaz historia ha convertido en estatua, en monedita, en estampilla.

En su alcoba, el Libertador se ha quedado dormido. Manuela, por su parte no se decide a acostarse. Se queda inmóvil en un sillón y pone el oído cuando oye gruñir a los dos perros familiares de Bolívar, que están, ella lo sabe, en el patio cercano; gruñir primero y luego ladrar furiosamente. Pero entonces ya ha comprendido. Resuenan gritos, retumban disparos, cesan los ladridos y suenan otros gritos y otros tiros. Ella ha despertado a Bolívar. Sacado brutalmente del sueño éste salta hacia la puerta, armado de su espada y de una pistola. Ella lo hace volver en razón, le aconseja vestirse, él conviene en ello, está listo en pocos minutos. Sabe, al oír los golpes, que una de las pesadas puertas que llevan a las habitaciones privadas acaba de caer, sin duda a hachazos, los conjurados atacan la segunda. Manuela empuja a Bolívar a la ventana, lo compromete a desaparecer. (Herrera Torres, 2007)

La historia tradicional, de tinte conservador, ha intentado opacar a esos otros personajes que estuvieron al lado del Libertador; la nueva historia los rescata, porque es necesario que el elemento social fluya; no estamos, entonces, ante San Bolívar, estamos frente a un ser humano que marcó un paradigma para la vida de América, pero esas personas que a su lado sufrieron y lloraron también cuentan.

He ahí el reto de la nueva historia; rescatar y reconocer el papel de los anónimos que caminaron al lado de los héroes, comprometiendo incluso su vida para que el héroe viviera. A Manuela Sáenz, compañera de mil batallas del Libertador, la historia trató de opacarla, de ocultarla, quizá porque querían mostrar a un Libertador libre de las atracciones femeninas. Acción difícil ésta, ya que todos sabemos que a un hombre de las condiciones excepcionales del Libertador no le era difícil lograr tener a su lado las mujeres más bellas, pues éstas tienen la tendencia a ver a este tipo de hombres como prototipo de sus sueños de mujer.

La historia no sólo tiene certezas; en ella aparecen incertidumbres y corresponde al historiador develar los hechos con sentido crítico. No todo lo que

se dice es verdad, por eso vale la pena el ejercicio investigativo, lo que permite por lo menos una mayor objetividad. Para el Bicentenario de la Independencia de Colombia surgen planteamientos que van desde una mirada oficial, hasta las concepciones marxistas que concluyen que el proceso libertario con Bolívar fue la lucha de clases.

Hasta los más ingenuos policías saben que no debe creerse sin más a los testigos. Sin prejuicio, por otra parte, de no sacar siempre de este conocimiento teórico el partido necesario. De la misma manera, hace mucho que se está de acuerdo en no aceptar ciegamente los testimonios históricos. Nos lo enseña una experiencia casi tan vieja como la humanidad: más de un texto se da como perteneciente a una época y a un lugar distintos de los que realmente les corresponden; no todas las narraciones son verídicas, y a su vez las huellas materiales pueden ser falsificadas. (Bloch, M. 1982)

En los afanes de los historiadores se puede caer en determinismos o miradas sesgadas de procesos históricos vividos. Se sabe que Marx no se interesó en lo más mínimo por los hechos y sucesos de América, en su inventario de lucha de clases no percibió la empresa libertaria de Bolívar como un hecho atribuible a los sumarios de la dialéctica materialista histórica. Quizá avistó todo como meras revueltas en las que la infatigable lucha de clases no fluyó como elemento dinamizador. Otro cuento plantean los historiadores marxistas, quienes por poco ponen al Libertador como el primer marxista de América; incluso las frecuentes salidas al aire del comandante Chávez, están impregnadas de un lenguaje bolivariano revolucionario. Desde mi percepción, no atribuyo a Bolívar una visión radical revolucionaria, tal como lo hemos imaginado muchos de los que otrora transitamos senderos de utopías.

La mala historia es mil veces más fácil de hacer y de enseñar que la buena historia, que la historia crítica. Por eso, entre otras razones ha proliferado tanto y se ha mantenido viva, en nuestro país y en otras partes del mundo. (Aguirre Rojas, 2002)

La literatura sobre el Bicentenario de la Independencia tiene también sus peligros, por ser éste un tema que aflora en momentos en que en América

Latina han empezado a surgir movimientos que se distancian de las órdenes de Estados Unidos. Ya no es tan clara la premisa gringa, de “América para los americanos”, porque varios países quieren construir su propio destino, es el caso de Bolivia, Venezuela, Ecuador y otros. Para el caso colombiano las circunstancias son distintas. Las eternas élites que han manejado el país, hoy se apertrechan y no están dispuestas a dejar que el poder conseguido aun por los medios más ilícitos se caiga. En el escenario americano Colombia es la punta de lanza para contener los asomas de nuevas ideas. En las vísperas del Bicentenario vuelven los soldados de “la paz” de Estados Unidos, y toman posesión de la dignidad y la soberanía colombianas.

Y no se puede esperar más de un presidente cuestionado en su forma de hacerse al poder, atrapado en su propia maraña y custodiado por los gringos para evitar que Colombia sea un país más de los que van formando un eje libertario. Bolívar imaginó una América unida con un proyecto social inmenso, pero no lo logró y vienen pronto se empiezan a dar los pasos surgen las mismas élites que durante años y años han impedido una alborada en la que los colombianos tengan al menos derecho a sonreír. Somos un país gobernado por tránsfugas, cuyo mayor interés es el usufructo personal.

La clase dominante, que ha usurpado el poder en Colombia desde la muerte física de Bolívar, ha elaborado una coartada para cubrir sus crímenes, exaltando a sus progenitores con el rango de próceres, ocultando a Bolívar y tergiversando la historia. (Herrera Torres, 2007, p.7)

La historia de Colombia se repite con visos de comedia. El patrioterismo que se trata de estimular desde la rancia política colombiana cuando sucede algún problema con Ecuador o Venezuela, o por el maltrato que allí reciben los colombianos que trasgreden la ley, no es más que otra jugada de porte ideológico. En cambio cuando un colombiano es humillado en algún aeropuerto de Estados Unidos, el señor embajador de Colombia sale a defender a los norteamericanos. Las rodilleras de los gobernantes de los últimos diez años en Colombia son la mejor

muestra de la poca legitimidad que estos tienen ante los países poderosos. No tenemos vergüenza ni para reclamar el buen trato cuando jóvenes colombianos se van a trabajar en las grandes haciendas en España, como si se tratara de seguir viviendo en el sometimiento y esclavitud de la Colonia y la Conquista.

Con la muerte de Bolívar y Sucre se culmina la etapa de los héroes y se abre la de los asesinos y déspotas: los Santander, Obando y sus epígonos en el continente que se erigirán como verdugos de sus pueblos y entregarán sus naciones a los intereses del capital extranjero. (Herrera Torres, J. 2007, p.11)

La independencia de Colombia vista desde la crítica histórica permite al menos imaginar que el proceso iniciado por Bolívar quedó inconcluso, pero que sus ideas siguen cabalgando en la historia de América. Los historiadores academicistas intentan minimizar las acciones revolucionarias y la sangre que corrió en las diferentes batallas, para darle paso a otras lecturas en donde se rescata lo cultural y lo social. Sin negar que esta opción también sea válida, no podemos quedarnos en esta visión eminentemente académica, porque de paso se estaría negando todo un proceso social con grandes complejidades. A este tipo de historia que corta las escenas más duras para dar los valores suficientes a los escritos, a los discursos, a la formación de grupos sociales, las raigambres religiosas, así mismo a las ideologías que van surgiendo y que serían las que luego se tomarían el poder. Esta visión nos muestra un proceso de independencia pero a la par la construcción de sociedad. Desde la perspectiva de la nueva historia se retoman estos elementos, pero sin olvidar las luchas y los hombres y mujeres que han sido ignorados en su papel en el gran tramo de la historia de Colombia.

Entendemos el período denominado la Independencia como un tiempo fuerte, especialmente para la producción y la búsqueda de sentidos. Las referencias más frecuentes nos remiten a colegios, prensa, Expedición Botánica, Biblioteca Real, Comuneros, Misiones, Reformas, tertulias, viajes,

chicherías, viruelas, cabildos, juntas y conspiraciones. De ello nos quedan reales cédulas y decretos, periódicos, libelos y pasquines, pinturas, sermones, relaciones y memoriales, diarios, manuales, proyectos, mapas, discursos, juicios, proclamas, constituciones y actas. En el período emergen multitud de discursos desde distintas ciudades y pueblos, las palabras adquieran nuevos significados, se proponen nuevas legitimidades e identidades de sujetos y grupos, se rediseña el mapa de lealtades sociales, políticas y religiosas, y las tensiones cotidianas se hacen más visibles aun al interior de las familias. Hay cambios en las formas en que se siente, se vive y se dice lo público y el orden social. Es un tiempo de invención de sujetos políticos y de sociabilidades, de nuevos medios como la prensa, y de la instauración de muchos nuevos lugares desde donde se interviene en la palestra política. Pero sobre todo un tiempo de muchas palabras y de incremento de la escritura y la lectura. (Ficha bibliográfica. Título: *Bicentenario de la Independencia*. Creador: Biblioteca Luis Ángel Arango)

Corresponde a los historiadores con sentido social escribir lo que no se ha dicho, y sacar sin temor de los anaqueles los textos que nos han ocultado para develar lo que ha sido nuestra historia. La academia de historia de Colombia estuvo por muchos años en manos de personas que ocultaban verdades, porque resultaban descarnadas y atentatorias en la formación de ciudadanos; Germán Arciniegas controló ideológicamente durante muchos años hasta la enseñanza de la historia en los colegios.

La historia es, ante todo, la memoria que van dejando las generaciones a través del tiempo. Los hechos que se van acumulando en una memoria colectiva configuran la historia de las naciones. No puede existir el concepto de nación sin esta memoria del pasado. Cuando los pueblos se empeñan en ponerse de espaldas a su historia, o la ignoran, o lo que es más grave, la eliminan o la tergiversan en los programas de educación, se están dando los pasos que conducirán indefectiblemente a la disolución de una sociedad organizada con conciencia de su continuidad. (Rojas Gil, A. 2005)

En los establecimientos educativos se mira despectivamente las clases de sociales y se cree que sólo

el alumno debe adquirir conocimientos en idiomas y ciencias exactas; es más, la historia de Colombia se dejó de enseñar por directriz del mismo Ministerio, que llegó a considerarla como una materia sin importancia. No es extraño entonces que de nuestro país tengan información histórica más clara los alemanes que nosotros; puede llegarse a pensar que es intencional la manera despectiva como se ve la historia de Colombia, y esto tiene un tinte ideológico en cuanto a dejar de lado la posibilidad de formar conciencia histórica en los colombianos. Un ciudadano que conozca la historia de su país, será también un hombre con certezas de su propio origen y de su propio destino.

Porque la historia la escriben siempre los vencedores, y si cada clase que domina reinventa el pasado y las tradiciones para legitimar su propia dominación, entonces es claro que el papel de los pueblos indígenas de México es absolutamente irrelevante. (Bloch, 2002. p.13)

Retomo la anterior cita, porque siendo contextualizada para el caso de México, cabe perfectamente para nuestro país. Los indígenas fueron derrotados, exterminada su cultura y destrozado su hábitat. Los que vinieron a escribir la historia de Colombia también fueron los vencedores y esto nos da a entender que el sesgo a los verdaderos procesos vividos en el largo recorrido histórico es un hecho. La historia de las élites es la que conocemos, pero las muchedumbres y los otros héroes desaparecieron por arte de magia de los grandes libros de historia. Los visionarios que proyectaron una nueva historia han intentado rescatar y enderezar este vacío y se han encontrado con problemas, como es el caso de Rodolfo de Roux. Sin embargo, el esfuerzo vale y continúa para que la historia oficial, la que siempre hemos conocido, tenga por lo menos otros elementos que la hagan más creíble.

Tanto respecto al Bicentenario como para los 500 años de la llegada del europeo, existen temas puntuales que nos permiten recordar los hechos; el análisis y la crítica corresponden a los historiadores que miran más allá de lo clásicamente conocido. El Bicentenario de la Independencia dirige su mirada

a lo sucedido entre el 20 de julio de 1810 y el 7 de agosto de 1819 y las implicaciones para los pueblos indígenas, afros, y mestizos en general.

En 1819 las élites políticas criollas enfrentaron militarmente al poder hispánico. Después de las batallas de Paya, Pantano de Vargas y Puente de Boyacá, el ejército republicano, comandado por Simón Bolívar, tomó el control de Santa Fe. No existen datos en los que se diga que indígenas y negros hayan tenido un compromiso en esta gesta libertaria, con excepción de Bolivia y Perú, en donde dirigentes indígenas se enfrentaron a la infamia de la metrópoli, pero las tácticas españolas provocaron la división, la desbandada y la muerte de los líderes.

Las guerras de independencia fueron diseñadas, planeadas y ejecutadas casi en su totalidad por los hijos de los españoles nacidos en América. Estos comandaron los ejércitos, y los mestizos fueron los guerreros que entregaron su sangre en cada batalla. Negros e indígenas veían esto como un asunto de la gente blanca, pese a las promesas de ambos bandos de terminar la servidumbre indígena y la esclavitud. (En línea: www.mundogitano.org/index. Ana Dalila Gómez Bahos.)

En 1819 nace Colombia. Hoy, a 200 años de historia, no termina de ubicarse como nación, porque en todo este trayecto se han quedado las élites y se ha excluido a los negros y a los indígenas, por la negativa de aceptación de otras culturas. Las élites criollas desde hace 200 años gobiernan y tienen en su ideología la exclusión. Traspasaron fácilmente los sistemas de dominación española a la nueva República que ahora dominarían. Las élites escribieron la historia y lo hicieron con cuidado, porque los que quedaron en el poder eran los hijos ilustres de la península; en poco se diferenciaban, lo que les movía era retomar el poder para lucrarse de las riquezas.

Por eso lo primero que hace la nueva República es exterminar el sentido comunitario de las tierras indígenas, los resguardos. La normatividad de la República no podía permitir islas que su dominio jurídico y de fuerza no alcanzara. Pero la esclavitud en la naciente República no tenía observaciones mayores, tan sólo 32 años después, el 28 de mayo de

1851, se expidió la ley 21 sobre libertad de esclavos, pero el poder económico se demoró décadas para asumir esta ley. Las razones: su economía de mano de obra esclava.

Las celebraciones oficiales del bicentenario de la independencia buscan como ya lo pretendieron hacer en 1992 a propósito de la invasión europea a América, continuar promoviendo una historiografía interesada, descriptiva y ausente de crítica, caracterizada por resaltar casi exclusivamente los acontecimientos supuestamente programados por las élites en el poder, a la vez que se encarga de silenciar las voces de los hombres y mujeres sencillos y comunes de estas tierras. Las celebraciones oficiales del bicentenario de la independencia, van encaminadas a legitimar la historia escrita por los vencedores, quienes como sobrevivientes han tenido la ocasión de escribir la historia de conformidad con el tamaño de sus intereses, impidiendo con ello cuestionar y abordar con miradas disidentes y alternativas el decurso histórico del país. (En línea: www.mundogitano.org/index. Ana Dalila Gómez Bahos. Ensayo: El bicentenario de la independencia).

Las celebraciones de este acontecimiento y que vienen de la historia oficial, de las mismas élites criollas quasi-españolas que se tomaron el poder hace 200 años, tendrán que afrontar todas las críticas que el asunto amerita. No se puede ocultar que hoy más que nunca somos un patio trasero de los norteamericanos; la independencia supuesta queda en entredicho, porque tenemos las rodilleras puestas no ante España pero sí ante los Estados Unidos, quienes ahora recorren armados el país afianzando su idea, ya no de América para los americanos, sino de Colombia para los norteamericanos. La intencional exclusión de las otras culturas en la construcción de República deja incompleto el proceso, porque la multiculturalidad que trató de incluir la Constitución Política de 1991 sigue en deuda. A los 200 años aparece una República gobernada siempre por racistas y excluyentes, que demeritan el papel histórico del "otro". Estos excluidos tampoco tendrán razón alguna para sentirse parte de la gran República que los ha ignorado.

Transcurridos 200 años del surgimiento de un país que en muchos períodos históricos ha cabido perfectamente en la etiqueta de “República banana”, el momento es más oportuno para recordar que el proceso independentista está inconcluso ya que prácticamente fue abortado desde sus mismos inicios en la medida en que en su proceso de construcción se ha excluido a la inmensa mayoría de su población: indígenas, afros, raizales y Rrom. (En línea: www.mundogitano.org/index. Ana Daila Gómez Bahos. Ensayo: El bicentenario de la independencia.)

La nueva historia ha de avanzar en la construcción de identidades, en la creación de autoconciencia para que los procesos que viven los pueblos no sólo sea la mirada de quienes excluyen. Colombia acredita niveles de pobreza en cuanto a conciencia histórica de sus ciudadanos. Somos en gran medida analfabetas cuando nos referimos a la realidad histórica de Colombia. Ésta es quizá una de las razones por las que se percibe una mentalidad de esclavos, cuando en un país con veinte millones de pobres absolutos, siempre las élites imponen el gobernante. Los otros, los excluidos, los desarraigados, no sienten su República porque en esencia no saben nada de ella. Y esa ignorancia es alimentada por las élites que todo lo manejan, y que tienen bien claro que su poder será más fuerte en la medida en que sus gobernados sean más ignorantes.

El problema para Colombia ha sido que las élites que armaron su estructura en el poder lo han hecho de tal manera que la exclusión pase inadvertida y sea aceptada sin reproche alguno por la sociedad. Todo está contemplado en las leyes, pero, ¿cómo y de qué manera estas leyes toman forma humana? Esta lógica perversa de poder cierra las puertas a quienes no vienen con la aureola criolla o la de quienes por herencia de los españoles se tomaron en serio cada espacio de la República. Más que llevarnos a reflexionar los hechos acaecidos entre el 20 de julio de 1810 hasta nuestros días, el Bicentenario nos debe motivar a una búsqueda de las causas por las cuales durante 200 años nos hemos preparado para el servilismo a los amos del Norte. En esencia se cambió de amo, y cada gobierno que llega a la

Casa de Nariño parece que naciera de las entrañas norteamericanas, porque lo que allí se hace viene armado desde el Pentágono.

La historia crítica es social en un doble sentido: en primer lugar en cuanto a que, para la explicación de cualquier hecho o fenómeno histórico, tiene que involucrar y hacer intervenir a los grandes actores colectivos que antes eran omitidos e ignorados, y que son siempre el entorno inmediato obligado, tanto de la formación como de las acciones de cualquier personaje individual. Y en segundo lugar, en el sentido de que también cualquier suceso o situación histórica, se desenvuelve dentro de un determinado y múltiple contexto social general, que lo condiciona y envuelve, fijándole tanto sus límites como sus posibilidades de repercusión determinada. (Aguirre Rojas, 2002)

En nuestro país ha hecho camino la corriente histórica de corte oficial, que opaca las acciones de personajes que contribuyeron a la vida de la República pero que no representan la ideología liberal-conservadora que nos ha gobernado durante 200 años. Los negros, los indios y los mestizos han aportado a la sociedad, pero ni siquiera la Constitución de 1991, que abrió ventanas a la democracia y a la inclusión, ha logrado cambiar la mentalidad de los gobernantes. Al reivindicar sus derechos y la defensa de sus tierras, hoy las mingas indígenas han sido brutalmente castigadas por el Ejército de los colombianos, que defiende al terrateniente, al ganadero, al empresario.

Incluso el presidente de la República ha señalado los movimientos indígenas como acciones subversivas, y algunos dirigentes de las mingas han sido asesinados; los mismos movimientos indígenas que se plantaron en el Cauca como el Quintín Lame fueron exterminados por los grupos armados que defienden a los dueños de la tierra. Y en los lugares en donde los negros son mayoría, viven en el más absoluto abandono, lo que sustenta la manera excluyente como se gobierna el país, para beneficio de los blancos. El mismo Agro Ingreso Seguro que revolvió en escándalo por los negociados del Ministro de Agricultura, demuestra la visión colonial del presupuesto nacional: “El dinero y las tierras son para

los ricos, porque ellos sí saben de economía”, decía el señor Arias. Observemos el proceso de construcción de la República desde el Bicentenario y nos daremos cuenta de que la visión chapetona de la tierra y la economía se quedó en los criollos que se apoderaron de Colombia.

A modo de conclusión

Nos queda el camino de la historia crítica para no repetir como loros lo que la historia oficial cuenta. Es necesario develar los hechos que se ocultan intencionalmente para buscar el sentido de nuestra identidad. Somos un pueblo sin memoria histórica, por eso los que ostentan el poder ordenan qué es lo que debe saber un colombiano de su pasado. El proceso libertador fue revolucionario, en contra de las oligarquías españolas, esto no lo ven así los magos de la oficialidad, por eso muestran al Libertador como un demócrata, porque su tarea es desmitificar la lucha de Bolívar en su esencia revolucionaria. Normalmente la historia la escriben los triunfadores, y las que triunfaron fueron las oligarquías criollas que se reparten el poder; los otros, los excluidos, sólo son llamados para que participen en elecciones y, peor aún, para que pongan el pecho en las guerras y defiendan los intereses de aquéllas.

El pasado es, por definición, un dato que ya nada habrá de modificar. Pero el conocimiento del pasado es algo que está en constante progreso, que se transforma y se perfecciona sin cesar. A quien dudara de lo anterior bastaría recordarle lo que ha ocurrido desde hace más de un siglo: por la investigación han salido de las brumas inmensos conglomerados humanos que antes eran ignorados. (Bloch, 1987)

En la batalla de Boyacá un joven soldado de nombre Pedro Pascasio Martínez detuvo al jefe realista que iba huyendo tras el avance incontenible del ejército libertador. Sin embargo, la historia tradicional asigna todos los actos heroicos a quienes ni siquiera participaban en las batallas; hoy la nueva historia tiene que rescatar a estos personajes y conglomerados humanos que han permanecido en el anonimato. No se trata de intentar sacar de paso a los genios de las causas libertarias, de ninguna manera, lo que

sí es posible es demostrar que sin esas masas, sin esas muchedumbres que sólo tenían la vida para perder, aquéllos no hubieran alcanzado los triunfos que los llevaron a los altares de la historia. Y no se trata tan sólo del soldado Pascasio Martínez: en la misma batalla del Pantano de Vargas no fue el Libertador el de los laureles. Aunque poco se mencione su participación, en ella surgió otro personaje que fue fundamental para el triunfo.

El eruditó pedagogo, académico e historiador venezolano, doctor Armando Rojas Gil, ante una situación similar a la nuestra escribió:

La historia es, ante todo, la memoria que van dejando las generaciones a través del tiempo. Los hechos que se van acumulando en una memoria colectiva configuran la historia de las naciones. No puede existir el concepto de nación sin esta memoria del pasado. Cuando los pueblos se empeñan en ponerse de espaldas a su historia, o la ignoran, o lo que es más grave, la eliminan o la tergiversan en los programas de educación, se están dando los pasos que conducirán indefectiblemente a la disolución de una sociedad organizada con conciencia de su continuidad. (Rojas Gil, 1990)

Los programas de educación en Colombia en los últimos gobiernos han mostrado especial interés en la formación en tecnología, informática y capacitación para el trabajo, y a la par han ido quitando intensidad a las materias que propician conciencia crítica en los jóvenes, tal es el caso de las Ciencias Sociales, la Filosofía, la Historia, la Sociología. Los rectores influyen ante los consejos académicos para que se construyan currículos con la mínima existencia de áreas de Ciencias Sociales. Incluso la historia de Colombia existía en los currículos hasta el año 2002, pero las leyes nuevas, tecnocráticas por excelencia, eliminan la reflexión y la crítica de la educación, porque es preferible un pueblo que no piense y que permanezca inconsciente de su pasado y de su destino. De esta manera se abre campo a una total alienación, y aumentan por lo tanto las posibilidades de manipulación en la alternancia de poder. Queda en firme la premisa que las élites nacieron para gobernar, en tanto los otros, los que no ostentan apellidos de castas poderosas, sólo han de

someterse a los postulados de una supuesta democracia que antes que formar ciudadanos los desinforma para que sean ignorantes de su historia.

La Academia Colombiana de Historia fue durante algún tiempo un referente para forjar conciencia histórica nacional, pero al paso de los años también entró en crisis, en la misma medida en el Estado decidió cambiar el objeto de la educación. Ya no se requiere un ciudadano consciente de su pasado y de su porvenir, sino un hombre capacitado para el trabajo y la producción de mano de obra. Las facultades de historia declinan sus banderas por el poco estímulo a la disciplina y se da énfasis a los institutos tecnológicos para que el joven esté muy ocupado pero ausente de la realidad nacional.

La Academia Colombiana de Historia se creó hace 103 años para adelantar

[...] el estudio cuidadoso de la Historia de Colombia, por todos sus aspectos, y de las diversas ramas de las ciencias históricas. Para promover el estudio de la historia patria convocó los Congresos Nacionales de Historia y creó el Instituto Universitario de Historia de Colombia con el fin de cumplir su función de investigación y divulgación proyectada en el campo de la docencia y contribuir a que la enseñanza de la historia tuviera la intensidad que le corresponde y se impartiera con un sereno criterio nacionalista, fruto de la formación de profesores especializados.

Más de un siglo después, hay que decirlo, se sigue desempolvando y aireando ese fósil escrito por los vencedores y sus amanuenses, mientras las mayorías vencidas esperamos una oportunidad para contar la versión de nuestra propia historia. Si lo que

se avecina es el reconocimiento de los 200 años de Colombia como república, debemos ser claros que los vicios y excesos de poder que hoy padece son herencia desde su primer intento. El ciudadano que analiza lo que es una república se da cuenta de que nosotros somos una caricatura de la legalidad. Con sólo mirar las guerras que ha padecido, sus causas y consecuencias, nos queda por decir que estamos en deuda de fundar verdaderamente una república, con lo que ello implica.

Hace poco llegó a la Casa de Nariño Mariano Rajoy, un personaje español ultragodo, enemigo de Venezuela, a entrevistarse con Uribe a dar línea sobre la manera como ellos perciben el Bicentenario. Ni más faltaba que en Colombia se pueda dar lo de Bolivia o lo de Venezuela, cuando desde la Independencia España alternó el poder con los criollos. Quienes heredaron el poder son los mismos que evitaban los pagos de impuestos a la Corona, omitían informes económicos e iniciaron la tenaz carrera hacia la corrupción, desde hace doscientos años se dieron cuenta que la única manera de mantener el poder era corrompiendo.

El Ministerio de Educación Nacional realiza para el Bicentenario lo que está en la ideología del Estado. No se percibe un movimiento de auténtica reflexión en el contexto académico, a mi modo de ver no interesa mucho. ¡Vivan las élites!, será el grito de los estandartes del poder; en el otro lado estarán, como desde los comienzos de la supuesta independencia, esas mayorías que después de doscientos años de infamias no han podido levantarse, los que todavía esperamos reconstruir nuestro pasado para proyectar un porvenir lleno de esperanzas.

Referencias

- AGUIRRE ROJAS, C. (2002). *Antimanual del mal historiador. Pensadores Latinoamericanos*. Bogotá: Ed. Desde abajo.
- BENJAMÍN, W. (2002). *Sobre el concepto de historia*. Tesis VI, 1940. Tomado del texto *Antimanual del mal historiador. Pensadores Latinoamericanos*. Bogotá: Ed. Desde abajo.
- CARR, E.H. (1986). *¿Qué es la historia?* Barcelona: Salvat Editores. BLOCH, M. (1987). *Introducción a la Historia*. México: Breviarios Fondo de Cultura Económica.
- HERRERA TORRES, J. (2000). *Bolívar, el hombre de América*. Tomo I. Medellín: Ediciones Convivencia.
- HERRERA TORRES, J. *Bolívar, Quijote de América*. Biblioteca Popular para los Consejos Comunales.
- ROJAS GIL, A. (1990). *Ideas Educativas de Simón Bolívar*. Caracas: Monte Ávila Editores.
- SCHAFF, A. (1974). *Historia y verdad*. México: Editorial Grijalbo.
- www.mundogitano.org/index. Ana Dalila Gómez Bahos. Ensayo: El Bicentenario de la Independencia.